



LOS JUEVES DE JOAQUIN EDWARDS BELLO

895

Andrés Bello, Diego Portales y algunos mitos de la Independencia

La familia Bello López en Caracas no sintió entusiasmo revolucionario. Andrés Bello, Oficial de la Capitanía, debía servicios a los funcionarios españoles. Era la flor del régimen colonial. En la época prerrevolucionaria su situación se hizo delicada.

En Chile hubo no pocos indiferentes y gran número de "godos", o partidarios de España. Según Zapiola, Portales no se apasionó por la Independencia. Casos como el suyo eran corrientes.

Muchas veces me he preguntado por qué razones el libro de Zapiola, titulado *Recuerdos de Treinta años*, magnífico libro, no goza de popularidad. La respuesta consiste en que no trata mal a los españoles, mejor dicho, cuenta lo que vio y lo que oyó, sin mentiras ni pasiones. Así, por ejemplo, la figura de San Bruno, el legendario hombre malo de la época de la Reconquista, se transforma, en las páginas de Zapiola, en un excelente servidor poldofo, se entiende que obediente a la autoridad española. San Bruno, alegre y de buena figura, era recibido con gran cariño por algunas de las mejores familias santiaguinas. Dice Zapiola: "Los Talaveras tenían un privilegio sobre todo el ejército real. Hasta los soldados rasonaban el privilegio del don. No sólo los oficiales, sino individuos de tropa eran invitadas por ciertas familias." Las señoritas demostraban preferencias hacia ellos. Un sargento, Antonio García Aro, casó con Tadea Reyes Saravia. Los Talaveras, de excelente figura, solían manejar la guitarra y cantaban. La banda de tambores, de pífanos y de cornetas de los Talaveras, fue la primera que se oyó en Santiago y atrajo al público en la Plaza de Armas como hoy atrae la banda de Carabincros. El odio a San Bruno, aparte de la envidia, se define en odio a la policía. Más tarde lo heredó, dice Zapiola, "el hombre más bendecido que he conocido, el chileno don Rafael Bilbao, a quien llamaron Arranca Brazos."

Otro español de aquellos tiempos, talificado por los historiadores, es Marcó del Pont. Escribí de esto en octubre de 1952. Mejor que yo escribió del mismo asunto Antonio de Lema. El señor Marcó del Pont, héroe en España, ascendido a coronel en el campo de batalla por valentía ante el enemigo, llegó a Chile y empujé con sólo pisar nuestro suelo. El héroe de la guerra contra los franceses se convirtió en cobardo y afeminado. Le convertimos.

La revolución de la Independencia se prestó para dar vuelo a las malas pasiones. San Bruno, el malo, disparó el último cañón español en la última batalla. Le dimos una muerte infame.

Claro que la novela de la Independencia, para nuestro uso, perdería bastante si San

Bruno apareciera como bueno y Marcó del Pont como valiente y con talento. Así no tendría lectores. El mito patriótico necesita esos peleses: San Bruno, malo, y Marcó del Pont, bueno.

Volvamos los ojos a Venezuela. La pavorosa destrucción de toda clase de valores, empezando por los del género humano, en que degeneraron las guerras de la Independencia, nos permiten suponer podfres adivinatorios en aquellos que como Bello se abstuvieron de actuar con armas cortantes. Los historiadores venezolanos Barait y Gil Fortoul recordaron este hecho: los trabajos de la paz fueron sumergidos y perdidos en la mar de los hechos de armas, de los crímenes de guerras y revoluciones, con hechos a veces heroicos, a veces abyectos y estériles. La historia es casi siempre una descripción de batallas, Batallas y asesinatos.

Bello y Portales, más hijos del sistema colonial que de los bochinchos revolucionarios, congeniaron en muchos puntos. Bello expresaba con dignidad y con belleza clásica las ideas que Portales estampaba con palabras terribles. A veces el Epistolario de Portales produce repugnancia.

La niñez de Bello es muy diferente de la niñez de los conquistadores. El patriotismo de Bello era respetuoso, interno y poético, a la vez candoroso, como el amor a la madre. Es seguro que Bello no creyó en el triunfo de los revolucionarios. Más tarde, Bolívar reconoció la superioridad de Bello. Uno de sus primeros maestros. Un maestro grave y severo no se hace simpático a un niño, lo cual no impide que deje honda huella en él. Más simpático fue para Bolívar el divertido Simón Rodríguez. Este despertó la parte de tunante y de calavera indispensable que dormitaba en el temperamento combativo del señorito más rico y consentido de Caracas, como era don Simoncito Bolívar. Antes que maestro de Bolívar el gracioso y transformista Simón Rodríguez, o Robinson, hizo las veces de bufón, de animador y de laisné interesado. Contribuyó a conformar la parte falsa de la biografía del Libertador, mediante el viaje sudamericano de la mijomanía, en este caso, ponderativa.

Mitomanía patriótica, ¡he ahí al enemigo de la verdad!

Poco antes de su muerte, Portales era odiado. Le odiaban con el odio al policía, al contralor y al juez. Le mató todo el mundo. Drama de la hipocresía. Portales había cometido el crimen de perseguir a los falsificadores, a los ladrones y a los pilos en general. Osó meter sus narices de sabroso en esa Cueva de Ali Babá, como ha sido invariablemente la Aduana de Valparaíso. ¡No podía ser! Todos armaron la mano que asesinó a Portales en el Barón.

Andrés Bello, Diego Portales y algunos mitos de la independencia [artículo] Joaquín Edwards Bello.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards Bello, Joaquín, 1887-1968

FECHA DE PUBLICACIÓN

1961

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Andrés Bello, Diego Portales y algunos mitos de la independencia [artículo] Joaquín Edwards Bello.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile